



# AGIBÍLIBUS

XVII DÍA DEL PÍNFAÑO | junio 2022

Autor: Santiago de Ossorno

Al comienzo del año escolar acababa de cumplir quince años y cursaba sexto de bachillerato en el colegio Santiago, no tenía edad para fumar ni tampoco permiso materno para hacerlo sin temor al castigo; además no había probado el tabaco en mi todavía corta vida, a pesar de lo cual me dediqué durante el curso a la venta clandestina y al por menor de cigarrillos de la marca Celtas.

El comedor del Bajo tenía dos puertas de acceso para los alumnos, de modo que acabados desayuno, comida y cena —la entrada se hacía en silenciosa formación—, a medida que los pínfanos iban saliendo del mismo cuando el Director lo autorizaba, se encontraban conmigo plantado en uno de los pasillos y con mi jefe en el otro; se trataba de un fortachón cordobés, rubio y sonriente, alma mater del negocio, que establecía las condiciones de venta y préstamo porque a determinados pínfanos se les fiaba el fumeque, los que no tenían parrné debían conformarse con fumar las pavas que recogían del suelo.

No entiendo por qué me eligió a mí para el puesto, ya que a la sazón todavía era un poco canijo, uno de los bajitos de mi clase y con cara de no haber roto nunca un plato; algo debió ver en mí, aunque el hecho de no ser fumador quizá lo tuviese en cuenta, quien evita la ocasión evita el peligro; el caso es que un buen día me lo propuso, a mí me gustó la idea de trabajar con él y acepté sin más, porque desde que lo conocí un verano en el Castillo de Santa Cruz lo tenía en un pedestal.

Volviendo cinco años atrás, comencé el curso escolar estudiando primero de bachillerato en Padrón, cuando llegó la Navidad no pude volver a mi casa porque no tenía pasaporte militar para viajar y las estrecheces económicas familiares impidieron realizar semejante dispendio con gran disgusto por mi parte, ajo y agua era la consigna; de modo que tuve que quedarme en el colegio con otros veintiséis chicos más y juntos pasamos tan entrañables fiestas, por cierto que en nuestra página web hay una foto del día de Reyes Magos, 6 de enero de 1965, por eso sé cuántos éramos, en la que aparezco con el regalo

que me trajeron, lo había pedido yo mismo por carta y los militares de la Región se encargaron de hacerlo realidad: un juego de carpintería. Puede que aquella situación, incomprensible para un crío de diez años que no había sufrido estrecheces hasta quedarse huérfano por la gracia de Dios, sea la explicación racional de la aversión navideña que mantuve hasta que muchos años después, con la llegada de los hijos y más tarde los nietos, pude recuperar en parte la ilusión perdida.

Llegó el cálido verano y se repitió la situación, no pude viajar a casa por falta de medios y de nuevo tuve que quedarme en el colegio; en esta ocasión solo fuimos cuatro o cinco los elegidos para la gloria, pero lo pasamos bien, no teníamos que estudiar, solo jugar y esperar tiempos mejores, con la exigente disciplina colegial en suspenso temporal. A finales de julio o principios de agosto nos llevó una de las monjas a la estación, allí tomamos un tren de aquellos de tercera clase que nos trasladó a La Coruña, en cuya estación fuimos entregados sanos y salvos al director del Castillo que nos esperaba en el andén a pie de vagón; aquel verano el director fue don Trinidad Carnicero, para los pínfanos «la Trini», el cual nos acogió con cariño. Falto de la figura paterna y alejado del resto de la familia, unos pocos profesores se convirtieron para mí en los modelos a seguir, máxime estando en una colonia veraniega dónde la vida era más relajada que en los colegios de procedencia y podían mostrarse menos autoritarios.

El primer día que subí a la barca que salvaba el recorrido de unos doscientos metros entre los muelles del Castillo y del pueblo —cuando la marea alta no permitía cruzar andando por donde actualmente se levanta una pasarela peatonal—, tuve mi primera experiencia marinera; Manolo, nuestro querido barquero, llevaba como siempre la caña del timón y varios pínfanos mayores se hacían cargo de los pesados remos cuando, de repente, el viaje se detuvo en mitad de la travesía; el fortachón cordobés, rubio y sonriente, soltó su remo, se levantó, vino hacia mí y me preguntó si sabía nadar, le respondí que no muy bien y entonces dijo «Pues hoy vas a aprender», acto seguido

me tiró al agua agarrándome por los sobacos, sin apenas oponer resistencia por mi parte y sin darme tiempo ni para quitarme la camiseta; antes de hundirme en las procelosas y gélidas aguas atlánticas de la bahía de Santa Cruz, ya estaba él dentro del agua dándome instrucciones para mantenerme a flote «mueve brazos y piernas y no tengas miedo que no te hundes»; reconozco que al principio experimenté un ataque de pánico pero, tras haber superado mis tres primeros años de internado, antes estuve dos años en las Mercedes, había desarrollado el suficiente orgullo pínfanil para no venirme abajo, no podía dejarme superar por los acontecimientos si no quería quedar señalado para los restos.

Nadé, más bien pataleé y braceé, como mejor pude, intentando mantener la boca cerrada y la poca distancia que me separaba de la popa de la barca, que lentamente había retomado el rumbo inicial en dirección al muelle del pueblo; heladito de frío, tragando buchets de agua, procurando no irme a pique, hasta que Manolo ordenó enérgicamente al cordobés terminar la prueba y nos izaron a los dos o tres novatos que habíamos sido arrojados por la borda para recibir nuestra primera clase práctica de natación en mar abierto; mientras nos rescataban nos mantuvimos flotando agarrados a la barca, bajo la estrecha observancia de los veteranos, nadando cual patitos detrás de mamá pata que en este caso representaba aquel fortachón rubio y sonriente, el único que se mantuvo en el agua hasta que nos sacaron a todos.

Posteriormente nos enteramos de que en el pueblo lo llamaban «O nadador», porque cada verano nadaba la distancia, entre ida y vuelta unas seis millas náuticas, que separan el Castillo del puerto de La Coruña; se embadurnaba de grasa y, seguido de cerca por la barca para auxiliarlo si fuera necesario, procedía a la larga travesía por aquellas heladas aguas; lejos de tomarle manía por el mal trago que me había hecho pasar, al saberlo me convertí en su admirador, aquél tío era Tarzán; cuando se me pasó el susto comprendí que en el fondo solamente se trataba de una especie de bautizo de fuego al que éramos sometidos todos los novatos al llegar por primera vez al

Castillo; como todos sabemos, en el colegio a veces convenía tragarse el orgullo, disimular y no tomarse las cosas demasiado a pecho para poder encajar en la vida del internado.

Retomando el relato, los fumadores me pedían los cigarrillos que querían y pagaban el precio establecido; tirando de memoria, un ejercicio arriesgado a cierta edad, un paquete de Celtas cortos costaba en el estanco 4,50 pesetas, casi un duro de la época; para no equivocarme he leído el BOE número 272 del 12 de noviembre de 1968, página 16.025, dónde el Ministerio de Hacienda modificaba las tarifas vigentes por otras nuevas y lo justificaba de esta manera:

*«La necesidad de aumentar los ingresos públicos para hacer frente a nuevas obligaciones, aconseja actuar sobre aquellas fuentes de los mismos cuya alteración resulte menos onerosa para el conjunto de la economía nacional. Tal ocurre con el tabaco, producto de consumo no necesario. Por otra parte, los precios de venta al público, tanto de las labores Extranjeras como de las producidas en nuestra Nación, son inferiores a los vigentes en el exterior, aun ponderando los elementos que intervienen en el nivel general de vida. La preocupación constante del Gobierno de mantener el poder adquisitivo de las clases económicamente débiles, ha llevado a no elevar los precios en las labores más baratas y de consumo más generalizado y popular, no obstante el sacrificio recaudatorio que ello representa. Por todo lo cual este Ministerio, a propuesta de esa Delegación ha dispuesto lo siguiente: Se fijan los nuevos precios para las labores Peninsulares que se indican, expresados en pesetas por unidades de venta al público en la siguiente Tarifa»*

A continuación hay una larga lista de marcas de tabaco en la que he comprobado que el precio del paquete de Celtas cortos era de 4,50 pesetas (3,15 pesetas de Renta y 1,35 de Impuesto de lujo), tiene narices que los Celtas cortos pagasen impuesto de lujo cuando eran de pésima calidad y venían llenos de estacas. Los pínfanos, ciudadanos pobres debido a su propia naturaleza y condición de orfandad, no podían aspirar a otras labores más selectas como Ducados (12 pesetas la cajetilla), Habanos (17 pesetas), ni mucho menos al tabaco rubio Bisontes con filtro (15 pesetas), Un-X-2 con filtro (17 pesetas), Pipper mentolado (17 pesetas)... a veces resulta muy interesante leer el BOE; las labores estadounidenses se llevaban la palma, Lucky Strike, Marlboro, Kent, Winston o L&M costaban a

18 pesetas la cajetilla de 10 cigarrillos, una barbaridad. También se vendían en cajetillas de 20, Camel, Chesterfield, Phillips Morris, Pall Mall y otros, pero entonces el precio ascendía hasta las 35 pesetas, prohibitivo incluso para los aspirinos.

Que yo recuerde, solamente vendíamos Celtas cortos, aunque puede que en alguna ocasión también hubiera Celtas Largos con filtro (a 9 pesetas la cajetilla), pero soy incapaz de recordar a cuánto se vendía cada pitillo; por una peseta te llevabas tres cigarrillos, la ganancia neta no llegaría ni a dos pesetas por paquete; para una mente comercial, que no era mi caso puesto que trabajaba en negro, pudiera parecer un margen escaso, pero es que en el colegio se fumaba como carreteros y las cajetillas volaban.

El jefe tenía permiso para salir a la calle a comprar, en teoría el permiso era para otro tipo de compras pero los inspectores hacían la vista gorda —creo que acertadamente porque si no hubieran permitido este escape se hubiera creado mucha tensión y la vida colegial ya estaba bien servida sin necesidad de añadir nuevas prohibiciones—, volvía con sus cajetillas y reponíamos existencias; la carga máxima para llevar encima era la que cupiera en el fondo de los bolsillos superiores del trapillo, ni una más ni una menos; descosíamos por dentro las costuras de los dos bolsillos formándose una gran bolsa hasta la mitad superior de la espalda en la que fácilmente entraban cinco o seis cajetillas por bolsillo, meter más no era apropiado porque entonces uno parecería Robocop (que no existió hasta 1987).

Aunque para hacer deporte me quitaba la chaqueta del trapillo y la dejaba apilada en un montón común, nunca nadie cogió ni un solo cigarrillo; hacerlo hubiera sido peligroso para el infractor, no por mí, que como he dicho era más bien enclenque, sino por mi jefe que cabreado era un volcán en erupción, sin humor para ciertas cosas.

Por mi colaboración yo no recibía un porcentaje sobre las ventas, sino que cobraba en especie, un triángulo de leche, un batido de cacao, un bollo, una bolsa de pipas, unos sacis y cosas así que el jefe me traía cuando hacía la compra; no lo

he comentado, pero él tampoco fumaba, era un deportista de los de mens sana in corpore sano. Si hubiésemos fumado los dos, aquello habría sido como meter un zorro en el gallinero.

Acabado el curso, mi jefe dejó el colegio y con él se esfumó —nunca mejor dicho— mi etapa como estanquero, supongo que alguien se haría con tan lucrativo puesto, pero la experiencia me vino de perlas; gracias a los conocimientos adquiridos ese año, durante el curso siguiente me asignaron el negociado de las compras de alimentación; al empezar el recreo de la tarde me ponía en la puerta de secretaría, junto a la escalera principal, la gente me encargaba sus pedidos (previo pago exacto y por adelantado del importe) que yo anotaba en una lista antes de salir a la calle General Ricardos para hacer la compra en las tiendas del barrio; cuando acababa volvía al colegio, dónde los compradores me esperaban ansiosos para recibir y consumir ipso facto su mercancía antes de volver a entrar al estudio.

Es evidente que mi espíritu nunca ha sido comercial, dado que yo no sacaba rendimiento económico a la actividad, pero a cambio salía todos los días media hora a la calle y para mí eso representaba mucho, era el escape diario que me ayudaba a sobrellevar los rigores del internado; me pasaba el día esperando el momento de salir de compras para olvidar durante unos minutos el obligado encierro, pisar la calle, ver a la gente que iba y venía, mirar con envidia a los chicos y chicas de nuestra edad que paseaban por allí y a los que entraban en el cine Los Ángeles; si uno no ha sido pínfano o no ha estado preso largo tiempo, puede que no lo entienda.

Bien, esa fue mi experiencia de compraventa en el colegio Santiago, nada del otro mundo pero a mí me vino muy bien poder disfrutar de aquella válvula de escape.

No he dicho quién era el jefe, se dice el pecado no el pecador, aunque todavía recuerdo perfectamente su nombre, los dos apellidos, el mote y su dirección postal en Córdoba, pero seguro que más de uno sabe de quien estoy hablando.